

Ha llegado, pues, Federico, el momento de ponernos serios. Ya he alineado los múltiples disfraces que me harán plenamente reconocible: mi potente mostacho de historiador, mis medias listadas y mi bonete de niño mimado después de su primera comunión; mi sotana y mis calzoncillos de alzapesas de circo; mis famélicos hombros y mis sólidas tripas de gerente. Y también desplegadas, por si acaso, mis alas de celofán, mi pornográfico estornudo y mis confiables incisivos chupasangre de ángel de la guarda. Estoy, por tanto, dispuesto a explicar y a explicarme. Todo al unísono. El girasol también y las campanillas del carruaje o de mi bombacha de bufón. Por lo tanto, si acaso, y por lo mismo. Soy un hombre — miradme con suma atención por mis muchísimos lados, esquinas y perfiles— que está declarando, declamando o esputando sus tantos oropeles, recovecos, cachivaches y manías y que hasta se permite el lujo de disparar, de cuando en cuando (con afelpada, astuta y reflexiva timidez) las calculadas flechas de su llanto. Como quien dice, poniéndole su punto a cada jota. Y esto lo hago porque también esta y aquella y esotra declaración fueron juradas, testamentadas, hasta rizadas, digo. Y un atronante (navegable) río de alguaciles, pirómanos, mamertos y notarios logró, al fin, descubrir al inocente (al que tapaba su desnudez con el último lirio) llenándolo y frotándolo con su cieno de pus y de gargajos, de sellos de correo, erizos triturados y haba de juzgados y letrinas. Y por ti, para ti, por tu suplicio —por el tiritante que tuvo un ojo para cada ventana, para cada mirada y cada espiga y recordó que cada aurora nos tiñe de sangre y que todo hombre puede y debe ser un redentor; por abusar a su antojo de tu almarío y tu vientre, Federico —una engrudosa confabulación hizo posible ese remedo o renegrado furor de asqueado veredicto en que el techo, la piedra y el umbral de cada casa quedaron, en tiznada apariencia, lavados de toda culpa. Pues el vinagre (óyelo en el murmullo de esa fuente que a tu costado llora por el crimen, lo gime y lo repite gota a gota) la lanza y el gargajo no han terminado su labor. El festín no ha terminado todavía. Y sin embargo.

Héctor Rojas Herazo

Muerto de verdad

*Gallus exultans canis. Prudencio
Conviértete a tu proporción, conviértete a tu hombre. J.R.J.
Trabajar como protesta. E.G.I..*

*El gallo lo sabía.
Cavaba con su roja piqueta calicatas al alba,
desde siglos sabiéndolo.
Cavaba. Ciego. Alerta. Irremediable.
Y de nada servía.
Era imposible ya trabajar en señal de protesta.
Protestar con ambiguos personajes, metáforas,
historias personales (o escuchadas), desplantes andaluces,
universales tópicos certeros.
La muerte —la inocente—
se regalaba su tributo.*

Pero el gallo seguía despertando
 con su clarín al mundo.
 Falso cadáver tuyo con hebilla de oro
 horizontal yacía ajeno,
 sin aceptar la aurora como negocio último del ciudadano Federico.
 Tarde cantó. Muy tarde.
 Cantó cuando cesaba tu aniñada protesta contra todo lo útil,
 lo perfecto y lo válido revestidos de escamas,
 lo de todos los huesos importantes del mundo al revés,
 presentes en la calle
 de día de guardar y no dar al vecino,
 al más tonto perdido trabajando.
 Pero el gallo engallado en Granada cantaba
 en la lucha purísima de su desparpajante toque rojo,
 y no anunciaba muerte, ni siquiera de dulce (de novia),
 sino vida inconsútil,
 agua clara,
 alegría.

Aquel hombre tendido, perdido en el barranco nocturno,
 no podía aceptarlo, levantarse, afeitarse,
 acodarse en el tajo manantial y benéfico
 de la protesta trabajera,
 como en sus horas buenas anteriores al cambio.
 Y en Nueva York seguían castigando con sorna a los negros,
 y aquí aún al gitano se le sigue expoliando de su alfabeto en fiesta,
 y en vano el hambre etíope
 pretende aderezarse de blanco, como el lemur de Roma
 ante el ruido higiénico de la locuaz cisterna mañanera mundial,
 y nadie sabe calcular el tiempo
 del jaque-mate atómico tremendo, entre el reguapo Reagan
 y el tachonado Gorbachov. Y somos.

Llegó tu muerto rápido. De bala. Sin problemas.
 Ni protestar calladamente,
 ni escandalosamente proseguir trabajando otro jueves,
 u otro martes y trece, con frío, te fue dado.
 Se derrumbó la inmensa masa informe
 de todas las galaxias del odio
 sobre un determinado hombre inerme,
 que no volvió a decir buenos días al hombre.
 Cayó. Y silencio hubo. No catástrofe.
 Tan sólo el gallo persistía en réplicas
 a las sombras,
 trabajando agudísimo.

*paciente en su diaria protesta contra el hado.
Jamás en esas décimas de segundo pudiste,
mientras la urgente muerte se imponía,
convertirte en tu hombre anterior ultrajado,
sino que se te indujo, con la complicidad de todo lo pequeño y deforme,
a ser la proporción más aberrante
de tu cadáver infinito y trágico,
imposible a la alerta del engallado gallo matinal,
pero refloreado de pámpanos y de alegres campanitas del campo
tu verdadero muerto.*

Mariano Roldán

Alfarero de Granada

*Alfarero de Granada:
Ese barro modelado
Por tu mano apasionada,
Seguro que está mezclado
Con la ceniza encantada
De un poeta asesinado.
Alfarero de Granada.*

*Jornalero granadino:
En esa rubia gavilla
Late el corazón más fino
Que se ha podrido en la arcilla:
No lo olvides, campesino,
Cuando cantes en la trilla.
Jornalero granadino.*

*Roja rosa enfebrecida:
¿De qué fuente o de qué veta,
A qué corazón o herida
Está tu raíz sujeta
Para estar así teñida
Por la sangre de un poeta?
Roja rosa enfebrecida.*

Antonio Romero Márquez